

SAN JOSE, COSTA RICA

25 Septiembre 1912

Año II



Núm. 42

RENOVACIÓN

PUBLICACION QUINCENAL

Sociología - Arte - Ciencia

R. FALCO, Editor

Administración: 7ª Av. Este, 247

APARTADO 638

San José de Costa Rica

CONDICIONES:

Costa Rica (trimestre) ₡ 1.00

Extranjero (semestre) \$ 1.00 oro am.

ABONO ANTICIPADO

SUMARIO

- El derecho a la salud. - VI
Justicia social (*Conclusión*).. *Anselmo Lorenzo*
Historia de las ideas morales.
VIII. El estoicismo y la ci-
vilización greco-romana.. *Paul Gille*
Racionalismo y neutralismo. *Rafael Zurriaga*
Aspecto médico-social de las
infecciones sexuales en el
matrimonio *Dr. J. Aguadé Miró*
Pensamientos..... *Bakounine, Calderón*
De todo y de todos. *E. J. R.*

20 cénts.

SAN JOSE, COSTA RICA

Imprenta Alsina

VIDA ANARQUISTA

por ANSELMO LORENZO

Hemos recibido esta importante obra, la última debida a la pluma incansable de nuestro compañero Lorenzo. Como su título lo indica, está destinada a la propaganda acratista, y en ella podrán beber importantes conocimientos los simpatizadores con los movimientos sociológicos contemporáneos.

Podemos servirla a quien la solicite, al precio de **50 céntimos** en la ciudad, y **60** en provincias.

Dirección: 7ª Avenida, Este, 247 — **PETIT PARIS**

Acusando recibo

Salud y Fuerza, revista mensual neo-malthusiana, Provenza, 177. pral. 1ª Barcelona. Tomamos de ella el artículo «Racionalismo y neutralismo» que reproducimos en otro lugar.

A las mujeres, conferencia de José Prat, segunda edición. Tomamos estas líneas: «No recuerdo quién, dijo una vez, que, si el hombre es esclavo del hombre, la mujer es esclava de un esclavo. Es mucha verdad, y aun podría haber agregado que el niño es el último mono que sufre los rigores del mal humor de estas dos esclavitudes».

Dos almas fuertes (Imprenta Alsina, San José de Costa Rica), por Mario Zamorano, hijo del hermoso Cauca (Colombia).—F. Restrepo Gómez escribe en el prólogo:

Jules Jannin, de los buenos novelistas que ha dado últimamente Francia, dice que en la vida de cada hombre hay por lo menos una novela y

que, de consiguiente, el hombre que cuenta a la humanidad la novela de su vida, aunque ella a nadie le importe, es un hombre honrado, porque tiene el valor de decir lo que siente y lo que es, apartándose así del egoísmo común.

Mario Zamorano ha escrito este libro con sangre de sus propias arterias. Como Jannin y como yo, él ha creído, acaso, que la queja suaviza los dolores del pecho que la exhala, y que aunque el mundo ría de nuestras dolencias interiores, ello no ha de importarnos si sentimos que al gritarlas el espíritu descansa y el corazón se aquieta.

Organización Obrera, órgano de la Federación Obrera Regional Argentina, entidad puramente revolucionaria.

Solidaridad, N° 19; Montevideo; publicación mensual escrita por trabajadores y para los trabajadores.

RENOVACIÓN

SOCIOLOGÍA - ARTE - CIENCIA

Año II

Ricardo Falcó Mayor, Editor

Núm. 42

El derecho a la salud

VI

Justicia social

Cuenta la leyenda, y dispéñese a mi incompetencia esta digresión literaria, que Augias, rey de la Elide, poseía un inmenso establo en que jamás se practicó la limpieza. Llegó Hércules, el héroe de las hazañas que simbolizaban los problemas progresivos resueltos por los griegos, y desvió el cauce de un río para cruzar y limpiar con sus corrientes aguas aquel infecto territorio.

Los griegos, pensadores y artistas eminentes, simbolizaron todas sus conquistas intelectuales, en el poder material de un hombre gigantesco apoyado en enorme maza. Pensaron, sin duda, que no basta saber para que el bien se produzca, sino que se necesita además la energía de la voluntad para la acción, porque la humanidad va recorriendo una carrera de obstáculos que se deben conocer, evitar o destruir. Este último verbo, como término de la serie, representa el formidable mito. Otro mito confirma esta misma concepción: Minerva, débil mujer, diosa de la Sabiduría y de las Artes, salió armada de la cabeza de Júpiter cuando Vulcano, dios de ínfima categoría y relegado al trabajo, partió de tremendo hachazo la cabeza del primado de los dioses.

Tendamos la vista en nuestro rededor y veremos la suciedad del privilegio dominando en toda la extensión

de la Tierra. ¿Dónde una clase social no ha detentado en perjuicio de otra la riqueza natural y la producida? ¿Dónde no se ha cohibido la augusta majestad del pensamiento por el dogma o por la tiránica y arbitraria coerción de todo género de mandarines? ¿Dónde no se ha convertido en ley y denominado justicia el interés de la raza, o casta, o clase de los privilegiados dominantes? ¿Dónde, como consecuencia, no se ha producido esa atávica abulia que convierte a los desheredados en suicidas fatalistas? ¿No habéis leído, sin que nadie lo desmienta, porque la triste evidencia es rebosante, el resumen de los adelantos científicos del siglo XIX, formado por Ernesto Haeckel en su obra monumental *Los enigmas del Universo*, en que afirma que «tras tanto progreso nuestra organización social ha quedado en estado de barbarie»? El mundo entero es una nueva Elide, en ella reina el Augias privilegiado que se opone tenazmente a los trabajos de limpieza y saneamiento que, abriendo cauce al Alfeo renovador, intenta el Hércules proletario.

No insistiré en la demostración, mas preciso es que se diga: y no insisto porque hablo auspiciado por una corporación científica instituida precisamente para practicar justicia social en nombre de la verdad cientí-

fica, y cuyo presidente ha llegado hasta la censura y el castigo, que es el premio de ingratitud otorgado por el privilegio a cuantos obran inspirados por la idea del bien. Pero téngase presente que el Hércules mítico realizó sus gloriosas hazañas, que la leyenda denomina los doce trabajos, porque condensó en su acción simbólica las aspiraciones de un pueblo culto, confirmadas después por el pensamiento de los grandes maestros de la antigüedad griega, que no han perdido su magistral preeminencia en el mundo; en tanto que el Hércules proletario representa un movimiento humano, puramente natural, como protesta contra una desviación progresiva perpetrada por los intelectuales de todas las épocas al servicio del privilegio, inspirados en el anhelo de obtener su parte en el botín de la lucha por la existencia. Ese movimiento participa del instinto, por lo tocante a la conservación, y de la inteligencia, por cuanto en él se relaciona la causa con los efectos y se emplean los medios hábiles y adecuados. Ese nuevo Hércules interpone su poder en las luchas intelectuales, políticas y económicas, como fuerza poderosa e inteligente contra la cual el poder público carga la mano y dicta leyes excepcionales, olvidando que en rigurosa lógica no pueden existir tales leyes, ni si violentamente se promulgan, merecen acatamiento, y promueven protestas y disturbios incesantes, porque la ley es la costumbre codificada, y mal puede legalizarse lo excepcional, lo que, no sólo carece de arraigo en las costumbres, sino que las violenta, las perturba y las contraría.

Dos grandes hombres del siglo pasado fijaron los puntos que permiten medir la inmensa desigualdad que existe en la sociedad humana.

No necesito la hipótesis de Dios, dijo uno, es decir, desechando todas las leyendas, capacitado para descifrar todos los símbolos y dispuesto a analizar todas las cosas y los hechos conocidos, un hombre afirmaba su personalidad por la firmeza de su razón.

Se necesita un Dios para la canalla, dijo otro; es decir, despojada la gran masa humana de la personalidad individual por las clases privilegiadas, otro hombre concedía a los despojados y empobrecidos una creencia para entretener y satisfacer su menguada intelectualidad.

Y así quedó marcada la escala de la desigualdad social, no ya por la diferencia entre pobres y ricos, sino por la infinitamente mayor que separa a los que saben de los que creen; escala que, fijada en nuestro suelo y partiendo de la eventualidad del nacimiento del azar fortuito, se eleva hasta las supuestas alturas de la eternidad; y desde la lobreguez del analfabetismo se extiende a la inmensidad que abarca el conocimiento de las leyes que rigen el universo.

Ante esta desigualdad, y en nombre de mis compañeros de trabajo, protesto, y contra ella me rebelo, no, viejo y débil ante un poder del Estado, salvaguardia de los intereses creados por sistemática y secular usurpación, sino ante una corporación científica, cuyo presidente en representación de la justicia y la verdad, que como abstracciones de valor lógico y positivo tienen vida universal, ha sido emplazado por la verdad convencional y la justicia histórica.

Podemos entendernos, confío en que nos entenderemos; porque los que cultivan la ciencia luchando contra el dolor, los que desde el estado de la salud trabajan para evitar la enfermedad, los que con inteligencia y sentimiento equilibrados se proponen como ideal la sociedad higiénica, que, para serlo, ha de ser ante todo la sociedad justa que todos anhelamos, no pueden ser indiferentes ante las reivindicaciones de los excluidos de la Universidad, los condenados a inferioridad perpetua, los despojados por el derecho de acesión, los que no saben ni pueden ser higiénicos, por cuya ignorancia e imposibilidad mueren prematuramente y causan con absoluta irresponsabilidad infecciones y epidemias mortíferas.

Preciso es que la higiene, la salud, el goce de la vida no sean monopolizados por el adinerado, por el indocumentado poseedor de los bonos metálicos al portador, infame u hombre de bien, sino que se extiendan ampliamente, sin exclusión ni limitación, a todo el que haya contribuído, contribuya o esté en disposición de contri-

buir a la gran obra de solidaridad, de mancomunidad, de fraternidad entre los hombres.

Tanto por egoísmo como por altruismo ha de reconocerse, ha de practicarse, ha de exigirse el derecho a la salud.

ANSELMO LORENZO

Historia de las ideas morales

VIII

El estoicismo y la civilización greco-romana

Pasamos a tratar de la más estimada y admirable de las escuelas de filosofía moral de la antigüedad greco-romana.

Fundada en Atenas, hacia el año 300 de la era vulgar, por Zenón de Citium (Chipre), la escuela estoica no tardó en hacerse un lugar notable en la república filosófica. Primeramente fué propagada por Cleanto de Assos, quien más austero aun que Zenón, tomó por divisa: «*Vivir conforme a la razón, eligiendo entre nuestras tendencias naturales*».

Vino después Crisipo de Soli, quien sistematizó las enseñanzas del maestro, introduciendo en ellas las correcciones de Cleanto, y sosteniendo a continuación que el placer es un mal: exageración de discípulo, que llegó hasta la negación del dolor.

Aristón de Chío, Diógenes de Babilonia, Panecio de Rodas, Posidonio de Apamea, Antipater de Tesalónica y otros prestigiosos filósofos continuaron la propaganda del estoicismo, que se extendió a Roma y tuvo por ilustres adeptos a Séneca, Lucano, Epiceto, Marco Aurelio y casi todos los que en la Roma de los césares permanecieron dignos, puros y libres. El estoicismo unió así su nombre a todas las protestas contra la dominación romana, convertida en extenso sistema de corrupción, de tormento, de despoblación y de muerte.

¿Qué doctrina es esta que no desesperó de la humanidad en una época de servidumbre y de desmoralización universales?

Como filosofía, el estoicismo es un panteísmo espiritualista que admite la inmortalidad condicional del alma.

Los estoicos no reconocen ningún dios trascendente, ni alma absolutamente distinta del cuerpo; pero su materia está completamente animada y no simplemente puesta en movimiento; su dios es uno con el mundo, pero es, no obstante, más que la materia que se mueve, es la «razón ígnea del mundo», y esta razón opera lo que es razonable, lo que es conforme a la finalidad, como hace la materia racional de Diógenes de Apolonia, según las leyes que el hombre toma de su conciencia y no de la observación de los objetos. El antropomorfismo, la teleología y el optimismo dominaban, pues, enteramente al estoicismo, y para caracterizarle con precisión, puede decirse que es panteísta en el sentido espiritualista de la palabra.

Para Zenón y sus discípulos, en efecto, toda substancia es una forma que se expresa por la *tensión* o el *esfuerzo*. El *acto* puro e inmóvil de Aristóteles es tan abstracto como la *idea* de Platón; lo real es la acción en el movimiento y el trabajo, la acción en la Naturaleza y en la humanidad. No hay más razón de las cosas que la ra-

zón misma, o alma del mundo, que se mueve en el vasto cuerpo que anima y reúne bajo las leyes de la necesidad. Todo procede del encadenamiento infinito de las causas, en el seno de la causa universal.

Un mundo más pequeño, la humanidad, se halla contenido en el gran mundo. En la humanidad se hallan también dos elementos universales: *materia y fuerza, pensamiento y acción*. La razón, o voluntad en lucha contra la pasión, es la virtud, la virtud que contiene el secreto del universo.

«La felicidad—dice Séneca—consiste en vivir según la Naturaleza. Por tanto, la Naturaleza, para el hombre, es la razón; ahí se encuentran, con la verdadera felicidad, la libertad, la tranquilidad, la independencia de las cosas exteriores, la exoneración de los cuidados de la vida, la paz interior, la calma, la imperturbabilidad».

Hacer el bien, para los estoicos, no es una obligación impuesta por una potencia exterior y superior a nosotros; es un instinto, es una tendencia que no es natural; no hemos de obedecer leyes divinas, sólo hemos de conformarnos con la Naturaleza, y con ella nos conformamos, en efecto, en tanto que somos libres; de ella nos separamos cuando como esclavos nos dejamos dirigir por las pasiones. Nuestro único deber consiste, pues, en ser libres, porque la virtud es el fruto necesario de la libertad.

La felicidad y la virtud se confunden; dependen de nosotros; sepamos querer. Nuestro bien y nuestro mal están en nuestra voluntad, porque la voluntad interior y libre del hombre es suficiente para librarle de los golpes de la fortuna y de los otros hombres. Indudablemente hay cosas que no dependen de nosotros; desdénmoslas, y no pongamos nuestra felicidad más que en las cosas que de nosotros dependan.

En eso consiste el secreto de la felicidad.

Las cosas que no dependen de nosotros son, según el *Manual de Epicteto*, el cuerpo, los bienes, la reputación,

las dignidades; en una palabra, todo lo que no pertenece al número de nuestras acciones. Las cosas que dependen de nosotros son libres por naturaleza: nada puede detenerlas ni ponerles obstáculos; en cuanto a las cosas contrarias, son débiles, esclavas; están sujetas a mil obstáculos e inconvenientes y son completamente extrañas al hombre. Acuérdate, pues, que si tomas por libres las cosas que por naturaleza son esclavas, y por tuyas las que dependen de otro, encontrarás obstáculos por todas partes; serás afligido, perturbado, y te quejarás de los dioses y de los hombres; mas, por el contrario, si tomas por tuyo lo que te pertenece y por ajeno lo que es de otro, nadie te obligará a hacer lo que no quieras, ni de nadie habrás de quejarte... La enfermedad, por ejemplo, es un impedimento del cuerpo, y no, en manera alguna de la voluntad, a menos que ella misma lo quiera. Yo soy cojo, por ejemplo; he ahí un impedimento para mi pie, pero no para mi voluntad. Ante todos los accidentes que te detengan, hazte la misma consideración, y hallarás que siempre son un impedimento para algo, no para tí.

—¿No tienes nada—dice Epicteto—de que seas dueño?

—No sé.

—¿Puede alguien obligarte a que apruebes lo que es falso?

—No.

—Hay quien pueda forzarte a querer lo que no quieras?

—Sí hay, porque amenazándome con la prisión o con la muerte se me obliga a querer.

—Pero si despreciaras la prisión y la muerte, ¿harías caso de tales amenazas?

—No.

—¿Está en tu poder despreciar la muerte?

—Sí.

—Pues tu voluntad es libre.

He ahí por qué debemos amar el bien por el bien mismo, y no la felicidad que en esta vida o en otra debe resultar de aquél para nosotros. El

placer y el dolor no son nada para el sabio, porque para él lo justo es el único bien, lo injusto el único mal, y todo lo que en sí no es justo ni injusto debe ser indiferente a sus ojos.

Se comprende que la amistad estoica sea, por efecto de ese racionalismo puro, muy condicional y fría, aunque debamos a Cicerón la más admirable glorificación de la amistad. Pero como dice Guyau, por haber dado los estoicos tan poco alcance a la amistad personal, han tendido a desarrollar el amor del género humano. La ciudad de Platón y de Aristóteles la han reemplazado por la humanidad.

Ya los cínicos se habían proclamado ciudadanos del mundo, y mucho antes dijo Eurípides: «*El esclavo, si es hombre de bien, equivale a un hombre libre*»; pero esta fué la primera vez que se afirmaba la solidaridad humana con tal amplitud de pensamiento y con tal calor de corazón. Escuchemos, por ejemplo, a Séneca: «Todo lo que ves, todo ese conjunto a la vez divino y humano es uno: somos los miembros de un gran cuerpo. La Naturaleza nos ha hecho parientes; nos ha formado de los mismos elementos y para los mismos fines: nos ha dado ese amor mutuo que constituye el bien social; ha asociado el derecho con lo justo, y bajo la presión de su mandato las manos se levantan para socorrer. Que este verso esté en vuestros corazones como está sobre vuestros labios: «*¡Soy hombre y nada de lo tocante a la humanidad puede serme indiferente!*» Hemos nacido para algo común».

He ahí lo que escribía Séneca. Cicerón, por su parte, pronunció el primero esta frase sublime: *Caritas generis humani*, que es como la llave de oro de un mundo nuevo.

El filósofo estoico extiende sobre todos su simpatía: tiene por familia toda la humanidad; los hombres son sus hijos y las mujeres sus hijas, y como tales se les dirige para indicarles dónde están los bienes y los males. Apaleado, ama a los que le pegan, porque es padre y hermano de todos los hombres, su apóstol, su guía; vela y

pena por la humanidad entera; porque sus intereses son los suyos; porque elevándose sobre la familia, la ciudad y la patria predica el amor del género humano, diciendo con Marco Aurelio: «Ama a los hombres con todo tu corazón». Más aún: ese altruismo humano se prolonga en bondad para todo lo que vive; porque, según Séneca, reina entre todos los seres y entre todas las cosas un lazo sagrado, una relación de familia. El mismo amor que une a los hombres entre sí liga la humanidad al mundo y al principio del mundo.

Esa altura moral no ha sido excedida. No obstante, esa sublime altura no era, preciso es decirlo, más que un eco de los misterios. Acerca de este asunto, Juvenal confirma a Píndaro cuando dice en su sátira XV: «¿Quién es el hombre bueno y digno de la luz de los misterios, tal como el sacerdote de Ceres quiere que se sea, que piensa que ninguno de los males ajenos le sea indiferente?»

Por desgracia, el conmovedor altruismo estoico, igual al altruismo búdico y superior al altruismo evangélico, se ha amortiguado por una humildad y una «paciencia» demasiado resignadas. Y Marco Aurelio nos dirá:

«Acuérdate de la extensión universal, ¿qué parte ocupas en ella? Y de la duración universal, ¿qué fugitivo instante fué tu porción?... Piensa frecuentemente en la velocidad de la huída de la sucesión de las cosas que son y llegan a ser; porque la substancia es como un río en una corriente perpetua; y los vivientes sufren cambios continuos, y las causas, transformaciones innumerables; y hay un abismo sin fondo: el pasado, luego el porvenir, todo se sumergirá. ¿No es una locura en tal estado, atormentarse o afligirse?»

«Todo eso va a desaparecer: nuestros cuerpos en el mundo, nuestras memorias en la eternidad. La duración de la vida del hombre es un punto, su substancia un destello, su sensación una impotencia, su cuerpo una construcción que se derrumba, su alma

una peonza que gira, su fortuna una obscuridad, su fama un juicio de ciego. En resumen, todo en su alma no es más que ilusión y humo.

»Pensar de otro modo es poner la felicidad fuera de nosotros, sin considerar que ella consiste en el goce íntimo unido a la conciencia de la propia grandeza. He ahí por qué el sabio que la posee goza de toda la felicidad posible y no espera nada más allá.

»No deseemos más que lo indispensable y prescindamos alegremente del resto, según la divisa célebre: *sustine et abstine*, soporta y abstente.

»Cuando las servidumbres de la vida sean demasiado pesadas, el sabio puede afirmar su libertad frente a la Naturaleza, rechazando valerosamente la vida».

Tan elevada moral, por haber violentado excesivamente la Naturaleza, por no haber reconocido el derecho del ser humano a la intensidad de la vida íntegra, llegó al culto de la muerte, lo mismo que el cristianismo. Con cierta razón pudo decir André Lefevre:

«La virtud estoica fue verdaderamente una virtud mortuoria y no humana. Si el sabio, en lugar de abrirse las venas a la orden del amo, hubiera matado al lictor, hubiera convertido su casa en una ciudadela sitiada y hubiera amotinado ruidosamente al pueblo, hasta si hubiera huído, habría hecho más por la libertad y la justicia. Las complicaciones de apotegmas caerían de muchas bellísimas palabras; las heroicas respuestas de Epicteto, esclavo, al amo que le rompía la pierna y los austeros preceptos de su *Manual*, y las conmovedoras efusiones místicas de Marco Aurelio no hubieran ofrecido modelos de magnanimidad a los mártires del desprendimiento, a *La imitación de Cristo*, de unción a los predicadores; pero los césares hubieran temblado sobre sus tronos y aun hubieran caído de ellos».

No obstante, lo que hace particularmente admirable la moral estoica es su dignidad, su inflexible arrogancia. La voluntad del estoico es un resorte en tensión constante, y es seguro que

ese perpetuo esfuerzo de la voluntad dió a los estoicos la ilusión del libre albedrío.

Los estoicos sólo tienen energía para la resistencia pasiva, pero en esto son a la vez nobles, heroicos y delicados: «Hay gentes—dice Epicteto—que prefieren presentar el vaso de noche a un amo a morir de hambre; los hay también que no podrían soportarlo: examina lo que vales».

«No se ha de temer—dice en otro lugar—la pobreza, el destierro, la prisión ni la muerte; pero se ha de tener miedo al miedo.

»Lo que Sócrates dijo e hizo—dice además—, negándose a huir y muriendo por la justicia, nos es mucho más útil que lo que hubiera dicho y hecho después de haber huído».

Nada más delicado que la respuesta de una dama romana que a todo riesgo enviaba una gran cantidad a una amiga suya desterrada: «Preferiría que Domiciano la robase a no haberla enviado».

Y la réplica de Helvidio Prisco a Vespasiano, que le amenazaba de muerte si iba a votar al Senado: «Los dos haremos lo que dependa de nosotros: tú me matarás y yo sufriré la muerte...»

¿Qué ganó con ello?—se preguntará. «Pues—dice Epicteto—lo que gana la púrpura sobre una túnica: adorna, embellece e inspira deseo de imitarla».

El cristianismo ha tenido sus entusiastas, sus mártires y sus fanáticos; pero no ha conocido ese heroísmo pacífico, razonado, invencible, que es como la quinta esencia de la energía y de la dignidad humanas, que tan alta representación tuvo en el mundo.

En efecto, considerando el mundo antiguo hacia el siglo VI antes de nuestra era, no se ve más que diversidad, desigualdad, confusión y desorden, porque en todas partes reina soberanamente el principio de la fuerza. No se encuentra huella alguna de civilización verdadera, sino es sobre un punto apenas perceptible, es decir, en los países habitados por los griegos jónicos. Sé que esta opinión parecerá

a muchos una paradoja o una añeja preocupación; pero me parece imposible reconocer ni siquiera un bosquejo de civilización allí donde en vano se buscan los primeros principios del derecho.

Cuando quiero juzgar a un hombre, no pregunto si es sabio o si tiene genio, sino si es justo, fuerte y bueno; esas cualidades son la perfección esencial del hombre; las otras no son sino accesorios y adornos; del mismo modo que algunos descubrimientos mecánicos o científicos, monumentos más prestigiosos que las Pirámides, o más elegantes que el Partenón, lenguas de una estructura admirable, bellas poesías y profundas ideas metafísicas no constituyen a mis ojos la civilización y la humanidad de un pueblo. La igualdad del derecho, la libertad, el respeto del hombre por el hombre, el sentimiento de la dignidad individual, el movimiento y la vida: he ahí la única medida de la civilización.

Los griegos, cualquiera que sea su inferioridad bajo otros aspectos, tienen sobre sus predecesores de Oriente la inmensa ventaja de formarse una idea justa de la sociedad; porque la pequeña ciudad helénica, con todos sus defectos, es ya la justicia y la humanidad en pequeño. Extiéndase el Estado oriental sobre toda la superficie del globo, y no tendréis más que un inmenso rebaño; extiéndase la ciudad griega, tomada en sus principios verdaderamente orgánicos, y tendréis la humanidad. Los helenos me parecen el pueblo elegido por excelencia, digno de llevar el ministerio sagrado del pensamiento y de la civilización.

No hay duda que la civilización no estaba en sus primeros tanteos; y aun si se va de la India a Persia y de ésta a Grecia, se puede admitir que hay un movimiento continuo del sacerdote al guerrero y del guerrero al ciudadano antes de terminar hasta el hombre.

Convengo en que la religión india contiene la más sublime metafísica; pero la metafísica no es la vida ni la virtud.

¿Qué es el hombre en la India? Una nada que temería ser algo y que aspira a perderse en la vida inerte y tenebrosa de la substancia universal.

El fiel no es ya en Persia un religioso o un asceta ávido del anonadamiento, es un soldado siempre en armas contra el genio del mal; le resiste, le ataca, le combate, le persigue, no ya con sus mortificaciones monstruosas, que son la loca santidad del indio, sino con actos útiles a la sociedad.

Si se pudiera olvidar por un momento el despotismo oriental y la institución del serrallo, tan enervante para el hombre como degradante para la mujer, se creería descender al pasar de Persia a Grecia; de tal modo las fábulas religiosas de Homero y de Hesíodo parecen juegos infantiles al lado de la fe idealista de los magos. Pero considérense los derechos del ciudadano griego, su adhesión a la obra común, su entusiasmo por la libertad, su inteligencia y su actividad siempre desvelada, y se convendrá que toda la superioridad está, por el contrario, del lado de los helenos, debido a que el ciudadano griego es ya un hombre que tiene conciencia de sí mismo y de lo que vale.

Los griegos llegaron rápidamente a la madurez y a la edad del hombre, porque entre ellos las ideas engendraban las ideas y todo progreso iba seguido de otro progreso. Su genio no tiene nada del de los pueblos petrificados del Oriente. La raza helénica se nos presenta, desde los tiempos más remotos, libre de las trabas sagradas, que detienen e inmovilizan la humanidad so pretexto de sostenerla; y ya puede verse en Homero que hace consistir la vida en el movimiento y en la libertad.

Pero hasta el momento en que la humanidad tomó en Grecia pleno conocimiento de sí misma por la filosofía, el progreso lento y obscuro parece más bien obra de una fuerza natural y fatal que del hombre, porque viene del instinto, de las necesidades del clima, de mil circunstancias físicas o políticas, y no del pensamiento libre

y autónomo. El hombre se agita impulsado por una fuerza desconocida; no es aún consciente de su propia conducta.

Todo cambia a partir de Sócrates: la filosofía toma la dirección moral de la sociedad; y a pesar de la fatalidad que pesa siempre sobre algún punto sobre las cosas humanas, el hombre llega a ser verdaderamente el árbitro y el artesano de su propio destino. La palabra latina *humanitas* para ex-

presar la civilización es excelente: es, en efecto, la humanidad misma que, desprendiéndose de la naturaleza y de las envolturas teocráticas, comienza a desarrollarse libremente con una energía y una conciencia propia que ya no ha de extinguirse jamás, a pesar de algunos desfallecimientos y de ciertos aparentes eclipses.

PAUL GILLE

(Continuará)

Racionalismo y neutralismo

Existe entre los anarquistas una enfermedad funesta. Es la de que al concebir tal o cual teoría u optar por tal o cual procedimiento nos lanzamos decididos a la conquista de los extremos.

Cuando se discute no importa qué, no nos contentamos con exponer, con proponer, sino que hacemos esfuerzos por imponer. Y al hacerlo no nos paramos en chinitas. Nos importa un bledo la argumentación del que con nosotros discute. A menudo no se comprende, pero las más de las veces no se quiere comprender. Llevados por nuestro espíritu exclusivista, opinamos que lo esencial es arrollar, con frase de artificio o con sofismas más o menos audaces, al contrincante. El procedimiento importa poco. Con tal de que se salga airoso en la discusión se inventan mil trapeaceos groseros, y con manos de estropajo se sacan al bote los vocablos y los conceptos. Se cambia a voluntad el valor de las palabras y de las ideas. Se discute a tropicónes, se apasiona, se hacen esfuerzos supremos por tener razón y cuando no se puede más, cuando no se sabe qué objetar, qué oponer, el menosprecio y la ironía, desastrosamente cultivados, mezcla de insuficiencia y de amor propio, asoma a los labios o cuele de la pluma.

Es lamentable, pero es lo cierto,

Negar lo sería querer embaturrarse disimulando nuestros errores.

* *

Se ha discutido largamente el problema de la enseñanza. Razones y ganas de entenderse hemos visto en una parte; esquivos y batida en retirada en la otra. Se ha discutido y bien pronto se ha dado malos giros a la discusión, a pesar de la insistencia de una parte beligerante por querer colocar los puntos sobre las *tes*. Cuando no se ha sabido qué objetar se ha sacado a relucir la interpretación de las palabras. Cosa que nos importa poco, pues, «raramente los motes expresan con fidelidad nuestro pensamiento».

Lo esencial, a mi juicio, no es la magia de las palabras seductoras, sino saber lo que se esconde tras tal o cual expresión.

De algunos años a esta parte hase enseñoreado muy ufana la palabra *racionalismo*. Después de pasearla por los libros de la filosofía clásica, se ha querido modernizarla y colarla de rondón en la pedagogía. Y así, por su etimología y quizá también por su sonoridad, ha sido adoptada por toda una secta para denominar la especie de enseñanza que ha escogido y para distinguirla de las demás.

La enseñanza religiosa de puro desacreditada está. No hablemos, pues,

de ella. De la laica todos conocemos los resultados. Ha dejado de enseñar a creer en Dios para enseñar a adorar al ídolo Patria; ha dejado de modelar a la infancia en la creencia religiosa para fabricar sólidos patriotas, pasivos ciudadanos, fieles a las leyes humanas. Si bien ayer eran esclavos de la justicia divina, hoy no lo son menos de la humana. «Instrúyase al niño racionalmente, enséñesele a odiar toda la reata de instituciones malsanas, hágase de él el anarquista futuro y así acabaremos fácilmente con todo lo que da origen a que el malestar exista sobre la tierra».

Así se ha razonado y así se ha dicho. Se ha hablado de táctica racionalista, de principios racionalistas, de doctrina racionalista y de ideas racionalistas. Y todo aplicado a la enseñanza, haciendo de ésta un dogma, un credo, una capilla más.

También se ha dicho después, al erguirse alguien en armas contra el doctrinarismo en la escuela, que «con el racionalismo se persigue la instrucción sana y razonada, libre de errores y de prejuicios».

Sin embargo, permítaseme dudar de esta afirmación ligera, porque conozco un tantico lo que se ha enseñado en nombre del racionalismo. Y lo aboco brutalmente: en nombre del racionalismo se ha hecho propaganda anarquista: se ha dicho al niño que el propietario es un ladrón que audazmente ha legitimado el fruto de sus rapiñas; que es ridículo que los hombres se vistan de soldados, que Dios no existe, que un día la humanidad vivirá sin tiranos, sin armamentos, sin leyes, sin propietarios; que ese día los productos del trabajo común estarán a la disposición de todos, que el crimen desaparecerá y que todos vivirán en armonía.

¿Hay en esto errores? ¿hay prejuicios? Dentro del círculo de la buena fe también hay plaza para la equivocación. Somos demasiado simplistas y también demasiado ambiciosos. Porque, acaso, ¿no es ridículo el querer obtener un filósofo o un sociólogo a

la edad de doce años? Guardémonos para nosotros nuestras predicaciones y no intentemos atormentar con nuestros complicados asuntos a los que viven la edad de la pelota y no la de la reflexión.

Porque ¿no es un verdadero crimen forzar al niño a abordar problemas sociales? ¡Y en qué forma!, imponiéndole nuestras creencias, haciéndole heredero de nuestras opiniones, enseñándole a rezar con nuestros rosarios, encerrándole en la cárcel de nuestras opiniones, colocándole la camisa de fuerza de nuestras doctrinas. Mal que nos pese continuamos la tradición. Como los religiosos, como los demócratas, nos hemos lanzado a la caza del niño, poniendo, como los demás, la escuela al servicio de un dogma, de un prejuicio, de un régimen con más o menos (depende del entusiasmo, de la imaginación) probabilidades de realización.

¿Y ésto, en virtud de qué derecho, señores anarquistas? ¿Es en nombre del anarquismo que imponéis vuestras ideas? ¿Es que ya habéis olvidado que el anarquismo se hermana muy malamente con todo gesto de imposición? Renunciad terminantemente a vuestra etiqueta si tal os ha sucedido, pues, a lo sumo habréis cambiado el ropaje, pero seguíis remedando a vuestro antepasado del medio evo. Y queráis que no, dejáis de ser anarquistas los que aprovechando la poca resistencia de la infancia imponéis a ésta una opinión, el dogma de una sociedad problemática.

En el terreno de lo opinable todo se puede afirmar y todo se puede negar. Los argumentos no faltan... ¿Por qué estáis, pues, en la certidumbre de que sois los poseedores de la verdad incontestable, de que el mañana os pertenece, de que las cosas seguirán el rumbo por vosotros trazado? ¿Jamás os ha asaltado la duda de si estáis atascados en el error? ¿Jamás habéis discutido interiormente vuestras creencias? ¿Jamás habéis llegado a pensar que la sociedad de vuestros ensueños, preexplicada en todos sus detalles, será

irrealizable? Hay más: ¿jamás os ha visitado la menor sospecha de que el anarquismo puede pasar a la historia como todas las escuelas filosóficas pasaron y a lo sumo marcan con su influencia pequeñas modificaciones en la marcha de las sociedades? No habéis dudado porque sois creyentes, porque estáis enamorados y ningún enamorado es capaz de dudar de la belleza de su novia.

En mil novelones que hemos saboreado, hemos encontrado dos protagonistas diametralmente opuestos. Desde que nace hasta que muere, la vida del tipo simpático es una continua virtud. En cambio, del antipático, todas las acciones tienen que ser irremediablemente perversas.

De igual manera, se han cantado todas las loas al *racionalismo* y hanse, al *neutralismo*, atribuido todas las incoherencias.

Pero hagamos punto y a parte y entendámonos.

¿Qué es lo que se comprende por neutralismo en la escuela?—¿Se insistirá todavía yendo a la caza de los extremos? ¿Se buscará su etimología para hablar con convicción de absolutista? ¿Se consultará Roque Barcia? ¿Se traducirá por abandono total del niño a lo que hemos dado en llamar *azar*? Para mí, neutralismo en la escuela, no explica más que no adoctrinamiento, no enseñar tendencia filosófica alguna, no modelar al niño con clichés que nos son caros, pero no indiscutibles e inmaculados.

¿Se quiere que el niño conozca, que

sepa? Cedo. Pero no la lección de club enseñada por un maestro sin pizca de escrúpulos, pues la pedagogía no tiene por objeto colocar las generaciones al servicio de una forma social pasajera—hipotética o real, futura o presente. Porque no hay nadie tan ignorante ni tan impotente como el que sabe sin pensar ni analizar, como el que no ha aprendido ni comprobado nada por sí mismo.

Se puede orientar al niño por los senderos de su dignidad personal y de su independencia. Pero de ésto a instruirle en el ejercicio de un ideal concreto, de ésto a enchiquerarle en el círculo de un dogma cualquiera, hay un buen trecho.

La tarea del maestro es cuidar del desarrollo individual particular al niño. Guárdese de enseñarle ningún sistema de libertad. Colóquelo, por el contrario, en condiciones para que la viva. ¿El resto? Seguro puede estar de que sin hacer de él un rabioso rebelde, refractario a lo que le oprima se manifestará, al no hallar, ya mayor, en la sociedad, la libertad a que estaba acostumbrado. Ejercitado en la práctica a no admitir como verdad más que lo por él examinado y juzgado como tal, ducho en no aceptar ninguna imposición, raro será que se doblegue ante los convencionalismos y que se someta a las falsedades circundantes. Y no serán sus actos el resultado de una revuelta aprendida, pero sí una ruptura consciente con todas las furias menguadoras de su personalidad.

RAFAEL ZURIAGA

Aspecto médico-social de las infecciones sexuales en el matrimonio ¹

I

Es, este tema, uno de los puntos más importantes del problema sexual en cuya solución se haya interesada la humanidad entera. Como entra en nues-

tros propósitos sacar consecuencias y enseñanzas útiles que sirvan para prevenir graves quebrantos, no podemos, no debemos olvidar el problema en conjunto; de lo contrario, nos expondríamos a que, en la hora de las con-

¹ Conferencia dada en el Ateneo Barcelonés.

clusiones y remedios, parecieran éstos ilógicos y disparatados si los deriváramos del todo sin haber hablado más que del fragmento, o mezcunos e inútiles si sólo a éste tuviéramos en cuenta. Sirvanos, lo dicho, de excusa, si, al parecer, nos alejamos, de vez en cuando, del objeto inmediato de nuestro tema en busca de antecedentes para una solución fecunda.

El matrimonio no es otra cosa que la satisfacción, dirigida y encarrilada por la sociedad, del instinto de reproducción y de los sentimientos de él derivados. No puede pretender, en último término, más que la conservación de la especie, finalidad del instinto sexual.

Pero no hagamos, de la especie, una entidad aparte del individuo, no pretendamos ver entre ambos una línea divisoria marcada, ni la supeditación del uno al otro; la conservación del individuo no es más que una consecuencia de la conservación de la especie y, viceversa, la conservación de la especie no es más que una consecuencia de la conservación del individuo, es su prolongación a través del tiempo; es un sentimiento de inmortalidad, una condición de la vida: la perpetuación.

El sentimiento específico es parte integrante de nuestra individualidad; como todas, sirve para personificarnos; no vive fuera de nosotros, no es fuerza externa que nos obliga, no puede entenderse como un deber; sí, acaso, como un derecho; no es, tampoco, una ley en el sentido vulgar de la ley, sino en el sentido natural, como condición de personalidad, como manifestación de esencia.

Hay que hacer estas aclaraciones preliminares, porque si por conveniencias políticas hacemos divisiones y clasificaciones con frecuencia debe explicarse su verdadero valor, ya que ellas pueden crear un dogma científico exotérico, como lo crearon las antiguas religiones, que, tendiendo hacia el antropomorfismo, dé personalidad y conciencia a cosas que no la tienen, induciendo a errores y creencias falsas

capaces de producir graves trastornos.

Si el apareamiento de sexos es manifestación de la naturaleza de nuestra personalidad en su condición de persistencia a través del tiempo (especie), todas las formas de apareamiento que se propongan son buenas con tal que esta condición esté asegurada y al mismo tiempo se garantice nuestra libre acción como individuos. Tanto importa que revista la forma monogámica, poligámica o poliándrica; la Naturaleza, en nombre de la cual hablamos constantemente al ocuparnos de estas cuestiones, no nos da, no nos puede dar, una forma concreta y definitiva respecto de este punto. La vida animal está sujeta a una constante variación en el modo de manifestarse, dependiente de la relación entre el individuo y el ambiente, y, todas aquellas formas de relación que aseguren la integridad orgánica del individuo, persistirán, y aquellas que le procuren su degeneración desaparecerán junto con el individuo.

El hombre ha añadido y sobrepuesto, al ambiente natural, otro elemento: el ambiente social, que tiene sobre él y sus formas de relación una acción persistente. Pero la fórmula social, como obra humana, es enmendable y renovable siempre, y debe enmendarse y renovarse cuando el libre y perfecto desenvolvimiento del hombre como individuo no sean por ella plenamente garantizados. La sociedad es el esclavo del hombre, nunca viceversa. «El bien de la sociedad es el bien de los individuos que la componen. La sociedad es una asociación de seres personales; pero ella, por sí, no es un ser», dice Hoffding. Así, cuando las fórmulas que la sociedad nos brinda para solucionar nuestras necesidades biológicas, no estén en armonía con nuestro bienestar y perfecto desarrollo, es que existe un vicio en su constitución que obliga a modificarla, pues acabaría con el individuo y, por ende, con la especie.

Aplicando lo dicho a la cuestión sexual, debemos analizar si el matri-

monio garantiza la finalidad que debe proponerse. Porque, de lo contrario, debe reformarse inmediatamente, sin hacer caso ni de su tradición ni de la importancia que dentro la actual sociedad se le concede.

El matrimonio, en su concepción vulgar, está apartado de su pretendida esencia. Porque, si bien se propone asegurar el apareamiento sexual, no garantiza, sin embargo, la sanidad del individuo y de la especie. La sociedad legítima y legaliza, al mismo tiempo que el matrimonio, formas poligámicas y poliándricas de relaciones sexuales con la prostitución, y no se ocultan tampoco otras formas consideradas ilícitas, como la seducción y el adulterio. La sociedad sobradamente sabe los peligros que estas relaciones entrañan, y sabiéndolo, tiene que evitarlos modificando las formas lícitas e ilícitas del amor sexual hasta donde nuestra garantía sea perfecta.

El matrimonio, como todas las manifestaciones sociales que han pretendido persistir teniendo sus raíces en el pasado y oponiendo a su transformación una resistencia continua, ha fracasado en su relación con nuestra nueva manera de ser, con nuestras nuevas necesidades, con los peligros de hoy. El matrimonio siente, como todos los legados del pasado y quizá en mayor grado que ninguno, la crisis profunda, el desequilibrio ético que la bancarrota de la religión ha determinado en la sociedad. Habiendo perdido la religión la acción de guía y de coacción moral, los hombres se han encontrado faltos de un ideal directriz y su individualidad, frente a la sociedad, solamente ha sabido ver su aspecto económico; y si bien en más o menos escala las escuelas socialistas han buscado en él una fuente de idealismo y han fundado con él una nueva moral y una nueva bandera para una lucha noble, la gran masa no ha sabido interpretarlo más que en un sentido particularista y ha infamado su vida en un materialismo grosero.

Pero la dirección espiritual que la religión ha perdido la reclaman los

científicos para la ciencia. «Todas las conquistas de la ciencia forman cuerpo con nuestra civilización, tan estrechamente, que ellas constituyen nuestra moral», dice Richet. Como es natural, no podían olvidar el matrimonio y no podían admitir en su concepción solamente la garantía económica que ofrece, desatendiéndose de la garantía fisiológica y moral que debería ofrecer. Él soluciona el problema del amor con la mayor economía de tiempo y de energías; pero todo el problema de la atracción sexual no está aquí, sólo es su más pequeño aspecto.

Para corregir el foco de miseria y de perdición que el matrimonio lleva en sus entrañas—como consecuencia lógica de esta concepción vulgar—destruyendo la vida y la alegría de la humanidad actual y futura, los científicos han fundado una nueva moral sexual. Teniendo presente siempre a la Naturaleza, sabiendo el verdadero peligro que las transgresiones a sus reglas puras determinan en el individuo y en su descendencia, hablan con la grandeza de un Moisés que ha visto a Jehová y oído su voz en las alturas del Sinaí.

Uno de los capítulos de esta moral sexual científica, que ha hecho llenar libros y revistas, que se ha hecho escuchar en conferencias y lecciones, es nuestro tema.

Como en todo, encontraríamos, respecto de este punto, antecedentes y datos en cada uno de los momentos históricos de la humanidad, para demostrar que la acción morbosa para el individuo y para la especie de las infecciones sexuales ha sido conocida, desde largo tiempo, por los hombres. Pero nos faltaría, además, hallar el carácter serenamente científico y popular que hoy ha revestido esta propaganda por la higiene sexual. El más perfecto conocimiento de la importancia que dichas enfermedades tienen, ha hecho que, horrorizados, bajasen médicos e higienistas hasta el pueblo y le contasen los peligros a que le exponía su ignorancia. Hoy ésta no

puede ya alegarse como excusa; el médico a quien el atacado ha acudido en busca de curación para su dolencia, de sobras le ha advertido de los peligros que amenazaban a él, a su mujer y a sus hijos. Pero, si va desapareciendo la ignorancia, no desaparece la maldad, y por esto nuestra obra no está más que principiada. Tenemos que aleccionar a la víctima virtual para que pueda salvaguardarse del peligro. Tenemos que laborar por los más inocentes: la mujer y los hijos. Tenemos que buscar las garantías plenas para librarlos de tal azote, velando antes de que sean víctimas de la enfermedad, porque si su conocimiento sólo sirviera para la venganza, nuestra obra sería muy mezquina.

Las desdichas sociales dependientes de las enfermedades venéreas, encuentran su foco originario y su propagación en aquellas formas de apareamiento de sexos establecidos como ilícitos por la sociedad; y, precisamente, aquella más consentida, legalizada y reconocida como comercio legítimo de amor, la prostitución, es el principal foco morbífico.

Pero, no siempre tiene la culpa la prostituta. A cada cual lo que le pertenece. Jóvenes ligeras, viciosas, que van bordeando constantemente los lados de la prostitución, damas caprichosas, reciben y a su vez difunden

los microbios que del amor de los sexos viven y medran; y en verdad que no es rara, al contrario, muy frecuente, entre la parroquia de un médico, la víctima de una *honrada* o de una *virgen*.

Varias son las infecciones venéreas. Pero ni nos ocuparemos de la balanopostitis erosiva, ni de los papilomas, por poco importantes, ni del chancero simple, que, aunque, en determinados casos, pueda revestir cierto grado de malignidad, éstos son raros, y además, por su corta duración en general y estar exento de toda acción hereditaria, es difícil que éntre en el hogar y dé los resultados funestos que hallamos en la blenorragia y en la sífilis.

Estas serán el objeto de nuestro tema, empezando por estudiar la primera, la blenorragia, la más extendida.

No pretendemos describirla, como tampoco a la sífilis; pero sí quiero mostrar, aunque brevemente, sus travesuras. Quizás más que a la sífilis necesitamos prestarle atención porque son menos conocidos, menos popularizados los trastornos que ocasiona. Por cierto que es bastante merecido este olvido, ya que sus efectos perniciosos no marchan muy distantes de la aversión.

DR. J. AGUADÉ MIRÓ

(Continuará).

Pensamientos

«Ningún individuo puede reconocer su propia humanidad, ni por consecuencia realizarla en su vida, sino reconociéndola en los demás y cooperando con ellos a su realización. Ningún hombre puede emanciparse sino emancipando a la vez a cuantos le rodean. Mi libertad, es la libertad de todos; porque yo no soy realmente libre, libre no sólo en ideas, sino también en los hechos, más que cuando mi libertad y mi derecho hallan su conformación y su sanción en la libertad y en el derecho de todos mis iguales.

»Me importa mucho lo que son los demás hombres, pues, por muy independiente que parezca o me crea ser por mi posición social, aunque sea papa, emperador, rey o millonario, no soy más que el producto incesante de lo que son los hombres entre sí. Siendo ellos ignorantes, miserables y esclavos, mi existencia se determina por su esclavitud. Si, por ejemplo, soy ilustrado e inteligente, su estupidez me limita y me hace ignorante; si soy valeroso e independiente, su esclavitud me esclaviza; si soy rico, su miseria me inspira temor; si soy privile-

giado, tiemblo ante su justicia. Quiero ser libre y no puedo serlo, porque en mi derredor todos los hombres no quieren ser también libres, y, no queriéndolo, se convierten para mí en instrumentos de opresión».

BAKOUNINE



Llega un día en que la sociedad se apodera del hombre, ya formado; le instruye, le uniforma, le alecciona, le exhorta, le amenaza, pone en sus manos un fusil y le envía a la pelea. Desde aquel momento todo el Código de los derechos y de los deberes humanos se ha transformado para él. De su vieja moral sólo debe conservar en esta su nueva vida la máxima de la obediencia llevada a extremos de una incondicional sumisión. El resto de los antiguos preceptos que se le inculcó desde la cuna se ha trocado en una

moral de los preceptos contrarios. Tiene un enemigo, un enemigo a quien no conoce, a quien nunca vió, contra el cual no le animan ni agravios ni rencores, que sólo difiere de él por la lengua y por el traje. Para ese enemigo no ha de haber derecho, ni razón, ni caridad. Todo contra él es lícito. Se le ha enseñado de niño que no debe mentir; al enemigo sí es lícito engañarle con ardides guerreros; que no debe hacer daño al prójimo; al enemigo hay que matarle; que no debe robar; los bienes del enemigo son materia de lícito botín. La sociedad pone ahora todo su empeño en desencadenar en el alma de ese hombre la fiera que tanto trabajo le ha costado domar. De esta suerte se ponen todos los medios para deshacer en un día la labor moral de muchos años.

ALFREDO CALDERÓN

De todo y de todos

Inmensa pérdida.—A la edad de 58 años, murió, el 17 de julio, el eminente matemático, físico y filósofo francés ENRIQUE POINCARÉ, que en esta revista tantas veces hemos citado y habremos de citar. Procurando emplear sus propios términos, damos el extracto *mínimum* de la conferencia que hizo en la *Société de Physique* el 11 de abril:

Las antiguas hipótesis mecanistas y atomistas han alcanzado en estos últimos tiempos bastante consistencia para cesar casi de parecernos hipótesis; los átomos no son ya simplemente una ficción cómoda; hoy podemos casi decir que los vemos, puesto que sabemos contarlos. Cada nuevo descubrimiento de la física nos ha revelado una nueva complicación del átomo. Lo que se llama la radioactividad no es sino la desagregación de los átomos. En virtud de esta desagregación, un elemento *se descompone* en varios otros. No digamos *se transmuta*, porque en rea-

lidad un elemento no se transforma en otro.

Cada átomo nos aparece como una especie de sistema solar, con su sol (o electron positivo), sus planetas (magnétones o torbellinos de electrones negativos) y sus cometas (electrones libres, que obedecen a las mismas leyes de los movimientos de las moléculas gaseosas y que hacen conductores a los metales)¹.

El átomo es un mundo complejo, pero un mundo casi cerrado; las perturbaciones exteriores no parecen influir en lo que se pasa dentro².

La infancia vegetariana.—Un amigo nos señala la aparición de *L'Enfance végétarienne*, por la Sta. JOTEYKO (Misch et Thron, libr., Bruselas). En esta obra, la famosa autora trata

¹ Recordamos nuestras propias notas dictadas a los alumnos del Liceo de Costa Rica en 1895. E. J. R.

² Queda, pues, en pie, en sus grandes líneas, el edificio levantado por los químicos del siglo XIX. E. J. R.

de demostrar el bien que acarrea el régimen vegetariano aplicado a los niños, lo cual ha sido siempre sostenido aun por muchos enérgicos defensores de la carne.

Por otra parte, los niños sanos son en general espontáneamente inclinados al vegetarianismo, y «la inteligencia viva, la buena memoria, la atención sostenida, el temperamento parejo y la fisonomía dulce», de que habla la Doctora Joteyko, son caracteres de la salud infantil.

Cultura clásica mediante el francés.—A ver un trozo del trabajo de GUSTAVO LANSON intitulado *Les échanges universitaires avec les Etats-Unis* (el cambio universitario con los Estados Unidos):

Somos una nación artista. No tenemos quizás más grandes artistas que otros pueblos modernos, pero poseemos un mejor término medio y una tradición más fuerte; la cultura artística es más extensa entre nosotros, y el sentido y el gusto artísticos son más innatos: nuestra vida se desarrolla, por decirlo así, en una atmósfera de sobria elegancia. Nuestro arte es el más humano, el más claro, el más accesible, el más vulgarizable. No cansa, porque tiene un don muy raro, el de la medida: sólo nuestro arte ha sorprendido este secreto de los Griegos. Es entre nosotros donde se puede venir a hacer la iniciación en el arte y la educación del gusto y donde se puede adquirir el hábito de dar lugar a la gracia y a la belleza, sin pedantismo ni caricatura, en todas las circunstancias de la

vida y en todas las formas de actividad. Se sabe en América cuánta enseñanza útil y cuántos excelentes modelos pueden prestar nuestras artes industriales, nuestra escultura y nuestra arquitectura; y el nuevo *Instituto Franco-americano*, fundado en 1911, tiene por objeto visible la elevación en América, mediante Francia, del nivel de las artes industriales y de las bellas artes.

Somos una nación idealista: tenemos una tradición de racionalismo, de liberalismo, de inquietudes generosas y de entusiasmos desinteresados que nos recomienda ante todos los pueblos, por grandes que sean los desfallecimientos de nuestra conducta y nuestra tenacidad en desprestigiarnos nosotros mismos. Nuestra literatura desde el Renacimiento, ha vivido de las más altas ideas de progreso, de justicia y de humanidad.

Hablamos la lengua de las ideas claras y de las ideas universales. Todo lo que en algún punto del globo se ha pensado de cierto, de útil o de grande, adquiere, filtrado por nuestro espíritu y nuestra lengua, una inteligibilidad superior que aumenta su fuerza de atracción y su capacidad de expansión. De ahí proviene la potencia civilizadora de nuestra literatura.

La cuestión del latín existe en América como en Francia. Como aquí, se disputa en dos sentidos. Muchos quieren el latín por reacción contra el utilitarismo grosero de las gentes de negocios: ven en él un medio de enlazar su nación nueva con la tradición de la civilización europea y como un título

Está Edmundo de AMICIS en un asilo infantil, entre un torbellino de chiquillos rosados y alegres de vivir, y exclama: ¡Oh benditos niños, sembradores eternos de la esperanza! Podemos creer que un día seréis atormentados también por las tristes pasiones que nos atormentan y manchados por nuestros mismos vicios y culpas; pero cuando nos detenemos ante vuestras frentes, no veladas por ninguna sombra, y vuestros ojos, en que no brilla ni un pensamiento que debáis ocultar, y vuestra boca, de la cual no ha salido todavía una palabra de odio, la ilusión de que seréis mejores que nosotros renace irresistiblemente en nuestro ánimo, y esta ilusión querida y esta esperanza santa, renaciendo en todo padre con cada nuevo hijo y en la humanidad con cada nueva generación, es lo que más fuertemente ayuda a vivir e impide el volverse peor!

Comentarios. *Horas de recreo*, 1893.

de nobleza intelectual. Pero otros hombres, de espíritu no menos elevado y de vista muy fina, comprendiendo la imposibilidad de traer la masa, o si quiera la clase superior, hacia las fuentes antiguas; concibiendo lo poco que es el latín cuando se le separa del griego; dándose cuenta de la pobreza de resultados que se obtiene hoy y de la pobreza cada vez mayor que cabe esperar en adelante, se han preguntado si tal empresa no es tan inútil como imposible y por qué no habría de buscarse en el francés, antes que en el latín, el depósito de las ideas humanas. El fondo no es menos rico, ni menos bella la forma. Y por el fondo y la forma, la literatura francesa, cosa moderna y viva, es más accesible y más llena de atractivos para la juventud americana. En consecuencia, se ha llegado a considerar nuestra lengua como la lengua por excelencia para la cultura: la lengua cuyo estudio puede emplearse para acabar y realzar al hombre civilizado de hoy.

Singular poesía.—Una palabra del discurso de TRILLAT en el banquete de la *Société Chimique* de Francia, el 24 de mayo:

A veces me viene la idea de que los químicos son poetas y aun artistas. La química es, en efecto, una ciencia noble. Desde la más remota antigüedad ha sido la preferida de los más grandes filósofos, y los alquimistas, que fueron sus sacerdotes, poetizaron los cuerpos con los más bellos nombres de las divinidades y de los astros¹. El lenguaje místico que imaginaron, sólo los iniciados podían comprenderlo. ¿Está el lenguaje químico actual más al alcance de todos los mortales? Lo dudo, pero ha quedado siempre impreso de poesía.

¹ Venus (el cobre), Diana (la plata), Mercurio, Saturno (el plomo), Marte (el hierro), etc.—E. J. R.

Flujo y reflujo.—*The Academy* señala el hecho de la baja de éxito comercial sufrida por las obras de Zola después de su muerte y recuerda de paso que lo mismo sucedió con las novelas de Balzac, cuyo crédito se ha alzado luego tanto.

El apostolado de las universidades.—TAINÉ escribía: «Todo lo que estimamos en nuestros progresos y en nuestros sentimientos viene de otro, y es de simple equidad el devolver a los que nos seguirán lo que hemos recibido de los ya muertos. Por esto es por lo que cualquiera que piense debe elaborar su pensamiento, de modo que se haga útil y público». En el fondo, esto es lo que han respondido los sabios franceses H. BERGSON, P. APPELL, O. LIPPMANN, H. LE CHATELIER, etc., consultados acerca de la obra de expansión universitaria internacional. Tomamos de la respuesta de Emilio BOUTROUX:

«Sería contrario a este espíritu de humanidad que es la esencia del genio francés, gozar nosotros solos de las luces y del progreso moral que procuran nuestras Universidades. Es nuestro deseo esparcir, lo más largamente posible, nuestra cultura francesa, y hacerla, mediante el comercio con los otros hombres, cada día más verdadera y ampliamente humana. En ninguna parte se ha visto y se ha dicho con más claridad que entre nosotros, que *lo contrario de la barbarie* no es la civilización pura y simple, sino lo que nuestros abuelos llamaban *cortésia y urbanidad*, es decir esta *cultura del hombre mismo*, que aumenta su fuerza, su sensibilidad, su dignidad, su valor moral... ¿Cómo podrían ser mal acogidos los esfuerzos de nuestras Universidades por compartir con el mundo los resultados de sus investigaciones?»

COMPAÑEROS.—Si queréis ayudar á la vida y difusión de **Renovación** suscribiros y buscadnos suscriptores. Se puede servir desde el primer número sin aumento de precio. El abono de la suscripción en el extranjero es: **2 dólares al año**. Pago anticipado. En Costa Rica: **1 colón trimestre**.

BIBLIOTECA DOMENECH

NOVELAS INÉDITAS

originales de los principales autores ESPAÑOLES y AMERICANOS

alternadas con

LAS MEJORES PRODUCCIONES LITERARIAS del Extranjero

Tomos lujosamente encuadernados de 225 á 300 páginas

A cuatro reales tomo

OBRAS PUBLICADAS

Almas anónimas, Eduardo Marquina.

Manzana de Anís, Francia Jammes.

El caso Leavenworth, esta obra consta de dos tomos, A. K. Green.

Jacobé, Joaquín Ruyra.

Zalacain el aventurero, Pío Baroja.

Juventud de Principe, W. M. Forster.

Tom Sawyer, *detective*, Mark Twain.

El amor catedrático, G. Martínez Sierra.

La enjuta, Victor Catalá.

Dios salve á la Reinal, Allen Upward.

La bella dormía en el bosque..., François de Nion.

Rebeldía, Joaquín Dicenta.

El señor de Halleborg, A. Hedenstjerna.

Casa por alquilar, Carlos Dickens.

Minnie, Andrés Lichtenberger.

El dragón de fuego, Jacinto Benavente.

Boda oficial, R. H. Savage.

Rey en la tumba, Anthony Hope.

Fausto, Ivan Turgueneff.

El silencio, Eduardo Rod.

Jerusalén en Dalcarlia, S. Lagerlof.

Historias de locos, Miguel Sawa.

Kolstomero, León Tolstoi.

Ernestina, Prudencio Bertrana.

El hurto sabroso, novela árabe, traducida por José Carner.

Apuntes de un desconocido, 2 tomos, Fedor Dostoyevsky.

Las cerezas del cementerio, G. Miró.

El espada flontes, Frank Harris.

La voz de las campanas, C. Dickens.

Nerto, Federico Mistral.

El lunar, Alfredo de Musset.

Ansias de vida, Luis O. Huertos.

El cadaver viviente, León Tolstoi.

EN PREENSA

Nuestras hermanas, Henri Lavedán.

¿Culpable?, W. Le Queux.

Por la vida, J. Pous y Pagés.

Las Rocas Blancas, Eduardo Rod.

Su Majestad, Henri Lavedán.

El reflujo, R. L. Stevenson.

María, Jorge Isaacs.

Las dos vidas, Eduardo Marquina.

La puñalada, Marián Vayreda.

Se atienden órdenes por correo si van acompañadas del importe

AGENTES EN CENTRO AMERICA:

Ricardo Falcó M. y José María Zeledón

7ª Avenida, Este, 247. — Apartado 638, SAN JOSE, COSTA RICA

OBRAS NUEVAS

Nerto. — El Lunar. — Ansias de Vida. — El cadáver viviente.

Podemos servir todas las obras que estaban agotadas

ALMACÉN DE VÍVERES

Tejidos de todas clases,
Vinos, Licores, Ferretería, Perfumería, etc., etc.

Todo exclusivamente por mayor

La Alhambra

Esta casa no tiene sucursales

PAGÉS Y COMPAÑÍA

En la Sociedad de Agencias Editoriales DE FALCO & ZELEDÓN

Están á la venta las siguientes importantes obras:

Un drama bajo Napoleón I

por A. CONAN DOYLE. Un tomo en rústica: ₡ 0.50.

El misterio de Clomber

por A. CONAN DOYLE. Un tomo en rústica: ₡ 0.50.

Varias Historias

por MACHADO DE ASSIS. Un tomo empastado: ₡ 1.00.

A bordo y en tierra

por FENIMORE COOPER. Dos tomos empastados: ₡ 2.00.

La gloria de don Ramiro

por ENRIQUE R. LARRETA. Un tomo empastado: ₡ 1.50.

Brazo y Cerebro

Revista sociológica ilustrada. Número suelto: ₡ 0.30.

Album Renovación

Tenemos en venta interesantes tarjetas postales fotográficas, con retratos de hombres célebres. Cada serie vale 2 colones y consta de 10 tarjetas. Está ya lista la primera serie: Reclus, Zola, Ferrer, Lorenzo, Michel, Bakunin, Faure, Gori, Hamon, Ugarte.—Los pedidos deben ir acompañados del importe. Extranjero: 1 dolar oro americano.

Vida anarquista

por ANSELMO LORENZO. Un tomo en rústica: ₡ 0.50.

Coeducación

por LAUREANO D'ORE. Conferencia: ₡ 0.20.

Entre campesinos

por ENRIQUE MALATESTA. Folleto comunista: ₡ 0.20.